

El valor del deporte

Pablo Fernández de Córdoba

John Carlin es un periodista conocido en España por sus colaboraciones con «El País».

Nacido en Londres en 1956, de padre escocés y madre española, estudió Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, antes de dedicarse al periodismo. En el desarrollo de su profesión ha sido corresponsal en México, El Salvador, Estados Unidos y Sudáfrica, entre otros países. Durante su estancia en Sudáfrica consiguió establecer una relación personal con Mandela que le ha permitido ser testigo de excepción en el proceso de liberación del país y que queda reflejada en este libro a caballo entre el reportaje y la novela.

El libro¹ es la historia de Nelson Mandela, un personaje que pasó veintitrés años en prisión debido a su conversión desde joven en uno de los líderes revolucionarios de la población negra de Sudáfrica que luchaba contra el *apartheid*. Durante su estancia en la cárcel aprovechó el tiempo para afianzar los rasgos que ya hacían sobresaliente su original personalidad: se convirtió en un hombre disciplinado, preocupado por su estado físico y mental, calculador y determinado. Hacía ejercicio cada día, se alimentaba saludablemente, leía y hacía trabajos físicos, mantenía una actitud digna ante compañeros y carceleros, reivindicaba siempre me-

¹ JOHN CARLIN, *El factor humano*, Barcelona, Seix Barral, 2009.

jas en su calidad de vida dentro de la cárcel.

Años antes de salir liberado Mandela ya había iniciado las negociaciones para que se produjera esa liberación. La tensión entre negros y blancos en el país era tan grande que los líderes *afrikaners* se plan-

*para cualquier negro
sudafricano apoyar
a la blanca selección
sudafricana de rugby
era como comulgar
con ruedas de molino;
sin embargo, Mandela
consiguió unir a la nación
en torno al rugby*

teaban por primera vez encontrar una salida negociada al inminente conflicto civil dentro del país, y esa era la mejor oportunidad para Mandela. Por aquel entonces ya llevaba un tiempo preocupándose por mostrarse ante las personas adecuadas como un hombre conciliador, firme en sus ideales pero sin afán de revancha. Empezó por sus carceleros, y luego por el jefe de prisiones y de ahí a los hom-

bres de confianza del presidente de gobierno y de ahí al propio presidente. En una serie de entrevistas y negociaciones secretas fue convenciendo a la gente adecuada de que él era la alternativa pacífica a una guerra civil en Sudáfrica entre negros y blancos.

No había nada que temiera más la minoría *afrikaner* que el momento en que la masa de población negra se liberara del yugo del apartheid y se tomara su merecida venganza. La tensión, las manifestaciones y los altercados iban en aumento en los años previos a la liberación de Mandela, el cual, desde la cárcel, seguía siendo un líder de la resistencia. Sin embargo, su plan era diferente. Para él llegar a ese extremo revanchista no tenía sentido, por los motivos morales evidentes, pero también por cuestiones prácticas: los *afrikaner* eran una minoría, pero era la minoría que controlaba el ejército y la policía, era la minoría con capacidad suficiente para dar guerra mucho tiempo. Cuando Mandela salió de la cárcel se presentó a unas elecciones presidenciales que ganó, convirtiéndose así en el presidente de Sudáfrica, un presidente conciliador que recibió por ello el Nobel de la Paz, un premio que tuvo que compartir a regañadientes con su mayor enemigo, el presidente anterior, Frederik De Klerk.

En su nueva posición política representaba la esperanza y la ilusión de la mayoría de la población negra. Es algo literal, según lo describe Carlin. Gente esperanzada que veía en Mandela el líder nato capaz de lo imposible. Gobernar Sudáfrica desde la igualdad suponía enfrentarse a muchas tareas de gestión, pero a ellas se sumaba una tarea menos práctica, pero probablemente más importante si quería mantener su país en paz: Mandela tenía que reconciliar a negros y blancos; eso, a pesar de que hubiera habido unas elecciones democráticas que pusieron en el gobierno a un líder negro, era una asignatura pendiente.

El *afrikaner* típico era un propietario campesino, rudo, honrado, cristiano, bebedor y aficionado al rugby, al que habían educado desde pequeño para despreciar a los negros, para tratarlos como si no tuvieran dignidad. Sin embargo, su afición al rugby es lo que parecía estar por encima de todo, lo que realmente movía sus emociones más allá de sus ideales. La selección sudafricana, compuesta por rudos jugadores blancos, hijos en su mayoría de campesinos cristianos, era el orgullo nacional. Y ese fue el símbolo que quiso utilizar Mandela. Su plan era sencillo una vez que se caía en la cuenta de su oportunidad: hacer que los ne-

gros apoyaran a la selección nacional de rugby, símbolo del poder blanco, símbolo del apartheid, símbolo de la dominación *afrikaner*. ¿Con qué fin? Podía ser una señal de la población negra hacia la población blanca, la demostración de que la convivencia era posible: si los negros hacían suyo el deporte nacional de los *afrikaners*, demostrarían a éstos su capacidad de perdonar y de empezar una nueva era. Sin embargo, para cualquier negro sudafricano apoyar a la blanca selección sudafricana de rugby era como comulgar con ruedas de molino. Lo razonable para cualquiera sería imponer a los blancos toda una identidad nueva. Y, sin embargo, Mandela consiguió unir a la nación en torno al rugby.

Hay varias cosas interesantes en este libro. La primera de todas, acceder a la historia reciente de Sudáfrica de forma indirecta y, por tanto, más seductora. La segunda, dejarse llevar por la admiración del autor hacia Mandela, un hombre político, calculador, carismático, persuasivo, tierno en pocas pero relevantes ocasiones y casi siempre estricto consigo mismo y con los suyos. Uno llega a pensar que no puede ser que fuera una persona tan especial, pero si no lo hubiera sido es lógico pensar que no hubiera hecho lo que hizo. La

tercera, comprender que la decisión consciente de un hombre por la paz, el perdón y la reconciliación puede llevar a que triunfe la idea de vencer al enemigo haciéndose su amigo, una paradoja que funcionó en Sudáfrica. Por último, la forma en que la novela presenta las dos caras de la mayoría de los personajes.

Hay algunos que son malos sin remedio. Pero hay otros, solo medio malos, de los que se destacan también sus rasgos de bondad. De ahí se deriva un elemento perturbador en toda la historia: ocurre que muchos líderes del *apartheid* estaban dispuestos a cambiar las cosas. ¿Por qué no lo habían hecho antes? Se dejaban llevar por la marea, eran relativistas que aprovechaban las corrientes. Pero no eran ineptos, y cuando vieron una corriente más limpia y más fresca, se sumaron a ella. Comprender esto fue otro acierto de Mandela y para Carlin se ha convertido en la perspectiva desde la que analiza lo que sucedió haciendo que su narración no sea injusta ni maniquea.

El libro se lee como una novela, aunque también parece una crónica periodística. John Carlin es, en efecto, periodista. En España es conocido porque publica con regula-

ridad en *El País*. Nació en Londres en 1956, de padre escocés y madre española, estudió Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, pero desde 1981 ejerce como periodista. Ha sido corresponsal en países como México, El Salvador, Sudáfrica y Estados Unidos para medios tan conocidos como BBC, *The Times* y *The Independent*.

En Sudáfrica lo ha sido desde 1989 y ha llegado a establecer una relación personal con Mandela. Éste le reconoce su labor como periodista capaz de publicar ideas que otros no se atrevían a publicar y que sirvieron para apoyar la lucha contra el *apartheid*. En 2004 publicó una recopilación de sus crónicas y reportajes sobre Sudáfrica llamada *Heroica tierra cruel*. En el año 2000 ganó el Premio Ortega y Gasset de Periodismo. Tiene otro libro titulado *Los ángeles blancos*, también publicado en España en 2004 que en su versión inglesa tenía el subtítulo: *Beckham, el Real Madrid y el nuevo fútbol*.

Los derechos de la historia de *El factor humano* fueron adquiridos por el actor Morgan Freeman y en 2010 se estrenará una película producida y protagonizada por él en el papel de Mandela y dirigida por Clint Eastwood. ■